

La Tura y La Lora



El baile de la tura se celebra en el equinoccio de invierno. Es netamente indígena, y conserva todas las cualidades de un rito agrario: el nombre, agradecido por los dones con que la NATURALEZA ha premiado sus fatigas, se dispone a rendirle culto, ofreciéndole una pequeña porción de la cosecha recogida durante el año. En este acto se danza. Antes de empezar la ceremonia el CAPATAZ o PIACHE, que casi siempre es un anciano de setenta o más años rememora la costumbre de sus antepasados, revistiéndose con los antiguos ornamentos que correspondían a la dig-

la fiesta, se hace traer un CAMURO lleno de agua natural, que debe ser conducido por una de las más prestigiadas doncellas del caserío. Introduce sus manos sarmentosas en el agua de la CAMAZA, y a manera de bendición, rocia los frutos que reposan en el suelo, sobre verdes y amplias hojas de CAIPO o de cambur, a la vez que masculla ciertas palabras mágicas. Durante este proceso, todos los concurrentes se cruzan de brazos e inclinan la cabeza. Terminada la ceremonia, el GUIA o CAPATAZ, se acerca a la tinaja del CARATO, introduce en ella la TOTUMA,

dulación se hacía a favor de cierto vaivén que imprimían los danzantes al cuerpo y se volvía colectivo, por la forma de enlazarse. Rítmico zapateo, un poco arrastrado, acompañaba la melodía y le servía de complemento. De pronto, los músicos comenzaron a moverse. Iban también en dirección sinistroversa y realizaban figuras distintas, imitando una persecución. Era indudablemente una escena de caza: dos sonaban cuernos de venado, adelante. Le seguían dos con maracas y por entre ellos cruzaban, como el viento, actor de tanta importancia en las cacerías, los sonadores

Folklore venezolano

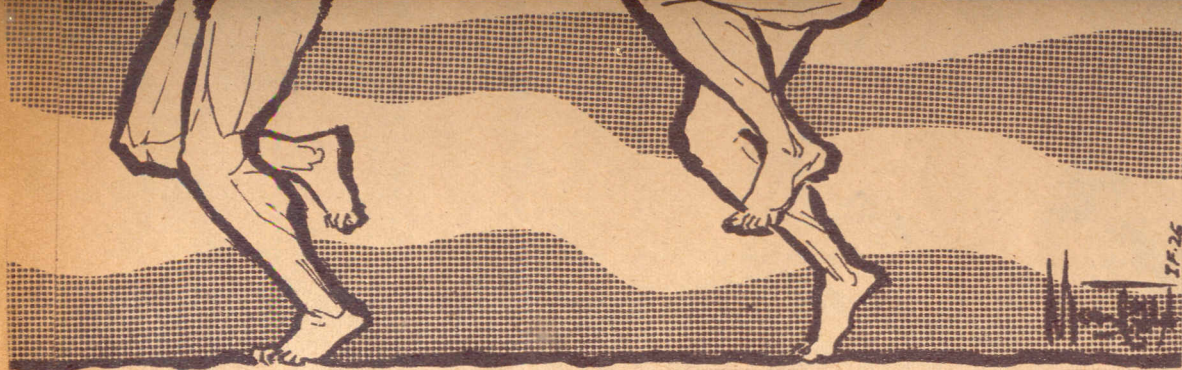
Por LUIS ARTURO DOMINGUEZ

gada del BAILE DE LA TURA parece ser la devoción semisalvaje de LA LLORA. Se asemeja en mucho al culto de los muertos. Según los señores Raúl Pérez y Simón Aranguren, que coinciden en su relato, casi todos los habitantes de los caseríos de EL TIGRITO, MAPARARI, BELLA VISTA, SAN JOSE, LA GARZA, EL TORITO, LOS BOTALONES, CHIMPRE, LA VEGUITA y QUEBRADA HONDA de la parte sur del Estado Falcón, después de celebrado el rito naturalista, acuden a un lugar apartado de la montaña, y en un sitio que con anticipación han escogido, reúnen variadas clases de frutos y animales vivos, y después de ciertas fórmulas, que apenas se diferencian del BAILE DE LA TURA, amontonan los frutos bajo una especie de enramada e inmolan a la luz de la luna las aves y cuadrúpedos que han destinado para el sacrificio. Apilan este holocausto en forma piramidal, y por rumpen luego en lamentos y suspiros, recordando cada cual a sus deudos fenecidos.

Recitan en voz alta los méritos y virtudes del difunto y permanecen por cuatro o más días sentados en el suelo sin dejar el llanto periódicamente, durante todo este tiempo. Es de observarse que ninguno de los oferentes se atrevería, en ningún tiempo, a tomar ni la más mínima parte de los regalos que constituye la pirámide funeraria. El sitio donde se ha celebrado este acto, es abandonado luego para siempre y considerado como TABU por aquellos indígenas. En LA LLORA también se consume el CARATO, que debido a la forma rudimentaria en que se le prepara, se descompone y se engusana muy pronto. Es bueno recordar que

rándole de noche "en tono alto y cantando, y diciendo en aquel cantar lo que hizo mientras vivió. Quemaban el cadáver al día siguiente, cuidando sacar del fuego los huesos antes que se volvieran cenizas, y los machacaban entre dos piedras, hasta reducirlo a polvo con el cual preparaban una especie de mazamorra que bebían".

Lisandro Alvarado, en sus DATOS ETNOGRAFICOS DE VENEZUELA, (página 279,) asegura que los "Tamanacos", honraban a sus difuntos llorando, cantando, y pronunciando su nombre sentados en el suelo y separados los hombres de las mujeres. Destruían los objetos de su uso, y arrancaban lo que, sembrado o plantado, había pertenecido de algún modo al difunto. Envolvían los cadáveres en la red o hamaca donde los cogió la muerte, y con las cuerdas de colgarlas atábanlos estrechamente, y enterrábanlos después dentro de su propia cabaña. Durante el luto cesaban de pintarse con onoto y de adornarse. Cortábanse los hombres el cabello, en creyendo el cual de un todo, cesaban de hecho el luto". Y con respecto a los Sábilas, páginas 279 y 280, dice "a los difuntos hacían una suerte de cabo de año Cuando ya les parecía que era tiempo de celebrarlo, preparaban muchas vasijas de bebida fermentada, cacería, pescado, bollos de maíz y tortas de casabe". Y prosigue: "dispuesto ya todo, se convocaba a los parientes y se convidaba a las parcialidades circunvecinas, y cuando todos estaban juntos, desenterraban los huesos del difunto, poniéndolos en medio de la casa, sentábanse alrededor, repetían algo de sus lamentos y llantos, entre los cuales mezclaban grandes risotadas y chistes. A ratos formaban



El baile de la tura se celebra en el equinoccio de invierno. Es netamente indígena, y conserva todas las cualidades de un rito agrario: el hombre, agradecido por los dones con que la NATURALEZA ha premiado sus fatigas, se dispone a rendirle culto, ofrendándole una pequeña porción de la cosecha recogida durante el año. En este acto se danza. Antes de empezar la ceremonia el CAPATAZ o PIACHE, que casi siempre es un anciano de setenta o más años rememora la costumbre de sus antepasados, revistiéndose con los antiguos ornamentos que correspondían a la dignidad que caracterizaba a los guías, caudillos o diao de las tribus caquetias o jirajaras. Este rito, que aún se conservan su íntegra pureza en algunas regiones del sur de los Estados Falcón y Lara, es practicado por indios cristianizados, y naturalmente incorporados a la civilización, pero que no se sabe qué secreta influencia ejerce todavía sobre ellos la fé de sus mayores. La sola presencia del que hace de CAPATAZ, infunde tal respeto, tan profunda veneración, tan mágico efecto, que todos los presentes guardan el más severo recato, el más religioso silencio. Esto explica el soberano poder que ejercía el BORATIO sobre su pueblo en la época precolombiana, y recuerda especialmente al célebre Manaure, cuya autoridad se extendía desde las costas de Curiana hasta más allá de los llanos de Casanare.

Hoy el anciano que precede

la fiesta, se hace traer un CAMURO lleno de agua natural, que debe ser conducido por una de las más prestigiadas doncellas del caserío. Introduce sus manos sarmentosas en el agua de la CAMAZA, y a manera de bendición, rocía los frutos que reposan en el suelo, sobre verdes y amplias hojas de CAIPO o de cambur, a la vez que masculla ciertas palabras mágicas. Durante este proceso, todos los concurrentes se cruzan de brazos e inclinan la cabeza. Terminada la ceremonia, el GUIA o CAPATAZ, se acerca a la tinaja del CARATO, introduce en ella la TOTUMA, prueba el líquido y luego arroja la pequeña jicara al acervo de los frutos. Esta es la señal que indica el comienzo del BAILE DE LA TURA.

Dos jóvenes rompen el paso de la danza. Cada uno de ellos sujeta entre las manos, a manera de instrumento musical, el cráneo descarnado de un ciervo que debe lucir por lo menos, una CARAMA de siete puntas. Sople cada cual por el agujero del occipucio su macabro instrumento, que sólo dá dos notas musicales: una grave y otra aguda. En la actualidad, gracias a la transferencia del hecho folklórico, intervienen en la danza gente de todo color.

Miguel Acosta Saignes, en su interesante libro LAS TURAS, página 23, al referirse al círculo mixto de los bailarines, describe lo que sigue: "Era como una serpiente que, mordiéndose la cola, se moviese constantemente. La on-

dulación se hacía a favor de cierto vaivén que imprimían los danzantes al cuerpo y se volvía colectivo, por la forma de enlazarse. Rítmico zapateo, un poco arrastrado, acompañaba la melodía y le servía de complemento. De pronto, los músicos comenzaron a moverse. Iban también en dirección sinistroversa y realizaban figuras distintas, imitando una persecución. Era indudablemente una escena de caza: dos sonaban cuernos de venado, adelante. Le seguían dos con maracas y por entre ellos cruzaban, como el viento, actor de tanta importancia en las cacerías, los sonadores de las turas. Ya no hubo tregua. El círculo seguía su giro sinistroverso; los venados continuaron perseguidos por los cazadores; el viento silbaba, melancólico y encadenado por las flautas. La serpiente continuaba mordiéndose la cola, pero viva, en su vuelta inacabable..." Ahora, según el REGLAMENTO DEL BAILE DE LA TURA, formulado en el año 1890, precioso documento que reposa en poder del esforzado folklorista Juan Liscano, la TURA, se divide en grande y pequeña. Este acto puede durar cuatro o más días con sus noches, y termina con el BAILE DEL GUANCHE. Por lo visto, parece que tal organización reglamentaria exige la presencia de 32 músicos, y según la lista que nos hiciera conocer Liscano, los instrumentos que secundan a los dos cráneos de ciervo son de los más variados.

LA LLORA. Transición obli-

acuden a un lugar apartado de la montaña, y en un sitio que con anticipación han escogido, reúnen variadas clases de frutos y animales vivos, y después de ciertas fórmulas, que apenas se diferencian del BAILE DE LA TURA, amontonan los frutos bajo una especie de enramada e inmolan a la luz de la luna las aves y cuadrúpedos que han destinado para el sacrificio. Apilan este holocausto en forma piramidal, y por rumpen luego en lamentos y suspiros, recordando cada cual a sus deudos fenecidos.

Recitan en voz alta los méritos y virtudes del difunto y permanecen por cuatro o más días sentados en el suelo sin dejar el llanto periódicamente, durante todo este tiempo. Es de observarse que ninguno de los oferentes se atrevería, en ningún tiempo, a tomar ni la más mínima parte de los regalos que constituye la pirámide funeraria. El sitio donde se ha celebrado este acto, es abandonado luego para siempre y considerado como TABU por aquellos indígenas. En LA LLORA también se consume el CARATO, que debido a la forma rudimentaria en que se le prepara, se descompone y se engusana muy pronto. Es bueno recordar que el líquido en buen estado, se ingiere en los días en que se celebra LA TURA; pero durante el tiempo en que se efectúa LA LLORA, la bebida se consume con los vermes de la descomposición. Curioso nos parece lo que afirma Oviedo y Valdéz, y que reproducimos en seguida por guardar una estrecha relación con los datos que se refieren a la costumbre indígena que acabamos de exponer. Transcribe el Doctor Pedro Manuel Arcaya, HISTORIA DEL ES-

TADO FALCON, página 116: "de allí que las exequias o funerales del diao se diferenciasen entre los caquetios de las que corrientemente se hacían a otros caquies que no alcanzaban tan elevada dignidad. Cuando moría alguno de estos últimos, según el propio Oviedo y Valdéz, se juntaban todos los indios del pueblo y de las comarcas vecinas, llo-

ciendo su nombre sentados en el suelo y separados los hombres de las mujeres. Destruían los objetos de su uso, y arrancaban lo que, sembrado o plantado, había pertenecido de algún modo al difunto. Envolvían los cadáveres en la red o hamaca donde los cogió la muerte, y con las cuerdas de colgarlas atábanlos estrechamente, y enterrábanlos después dentro de su propia cabaña. Durante el luto cesaban de pintarse con onoto y de adornarse. Cortábanse los hombres el cabello, en creciendo el cual de un todo, cesaban de hecho el luto". Y con respecto a los Sábilas, páginas 279 y 280, dice "a los difuntos hacían una suerte de cabo de año. Cuando ya les parecía que era tiempo de celebrarlo, preparaban muchas vasijas de bebida fermentada, cacería, pescado, bollos de maíz y tortas de casabe". Y prosigue: "dispuesto ya todo, se convocaba a los parientes y se convidaba a las parcialidades circunvecinas, y cuando todos estaban juntos, desenterraban los huesos del difunto, poniéndolos en medio de la casa, sentábanse alrededor, repetían algo de sus lamentos y llantos, entre los cuales mezclaban grandes risotadas y chacota. A ratos formaban bailes y cantares entre continuas libaciones; y de esta suerte se estaban velando los huesos cuatro, seis y ocho días con sus noches, al cabo de los cuales ponían en una pira la osamenta, dábanle fuego, y con sus cenizas hacían el último brindis, mezclándolas con la bebida; porque les parecía que así ingerían toda la valentía y cualidades del difunto. Hoy día parece que han modificado estas ceremonias".

Traemos a colación las citas anteriores, porque ellas robustecen con su autoridad, muchos de los puntos relacionados con el culto de los muertos, que con el nombre de LA LLORA, atribuimos en nuestro trabajo a los indios del Estado Falcón, y el cual se cultiva aún, con algunas modificaciones, entre los descendientes de aquella antigua raza.